

La memoria no olvida cuando la geografía persiste

Esther Margaritas

Escritora y performancista

*Espero más de lo que puedo decir
y desde que dejé de ser posibilidad
ante el abismo de ojos detenidos
siento una brumosa sensación
de amarras y telarañas.*

Oveja a tropezones – Rosabetty Muñoz

Es esta una obra de teatro que trata sobre las múltiples lesiones que puede contener la escritura. El desorden que existe dentro de una caja de zapatos en donde un autor se enfrenta a explicar el por qué del resultado final de un drama que lo llevó a otro estado del lenguaje y no al que debería de haber concluido para así finalizar una obra con un prólogo maravilloso y a teatro lleno, que se escuchen aplausos y caigan flores a sus pies. Asume ese error y vuelve a la memoria desde su zona de confort: él mismo.

A través de un juego de palabras Nicolás Lange va detallando distintas historias que de manera subcutánea llegan a puertos similares. Surgen rieles que apuntan a la narración de un homosexual que sufre al estar en prisión, sin embargo, aumenta su dilema entre lo desolado que puede ser una celda o el box de urgencia de un hospital público. Una bruja chilota que atenta contra la policía desde su mejor artilugio: la magia tan característica de un archipiélago en donde la mar puede convertirse en un gran lamento y así una serie de eventos que van

creando/ haciendo de esta ficción un puente en donde la memoria, (des)amor, geografía y disidencias sexuales cumplen un rol fundamental.

El tiempo pelagra en cada espacio de esta obra. Todo personaje está construido bajo la rapidez del cometido por hacer/cumplir para ahondar así en la persecución terrible de lo que es la vida. Como escritora insisto siempre en el error de la escritura, pienso en la necesidad medular de crear personajes que no tengan miedo al peligro, que sus clímax sean lo más pomposos posibles y desde ahí generar seguridad frente a su adversidad emocional y geopolítica que lleven a cuestras.

En “esto podría durar y durar y durar y durar y durar” veo la espontaneidad de la repetición como si fuera un gran poema que se rompe en la orilla de una ribera o en la mitad de un bosque o tras una celda o encima de un auto en un kilómetro donde hay una bencinera que podría fácilmente explotar con dos integrantes adentro recién casados comiendo una torta de selva negra. Esa singularidad de movimientos es la que me llama la atención al ver/leer teatro. Insistir en la huella que deja el desalojo tras la ruptura situacional de algún personaje entre líneas. Escribir no es llenar una hoja en blanco con palabras siúticas o de sonido aparente para la aceptación: es todo lo contrario; es irrumpir un espacio, posicionar al lector o espectador en un estado de catástrofe donde cada emoción que vaya llenándose en sí le sea terriblemente dulce o amorosamente amarga.

Cuando pienso la posibilidad de escribir disidencia en este texto es repensarme y volver a poblar esa insomne palabra a mal traer y, por lo demás, prejuiciada hasta en los círculos artísticos. La historia contemporánea olvida que un ano puede ser un juguete muy delicioso. Pienso en Nicolás cuando escribe, “ *Amar a un hombre dentro de la cárcel de hombres es como llenar de avispas la pieza de tu hijo y decirle ve a jugar, y esperar, y esperar, y esperar y volver hasta que tu hijo esté*

convertido en miel.” Y es que justamente es ese deseo taquicárdico sin la necesidad de explicar más allá de la acción, lo que hace que esta obra cubra su propia identidad de disidía y desdén homosexual.

Desde diferentes sombras enraizadas se entrelazan cúmulos escriturales que bajo la epístola o el archivo de investigación van retratando un Chile dictatorial, homóforo y sin cobertura en distintos temas legales y de índole médico mental que podrían durar y durar y durar y durar y durar en tener solución.

Castro, Octubre, 2022